

LA REINA.—Y estas lágrimas por los Países Bajos. (Le da algunas cartas. Carlos y el Marqués se van. La Reina busca inquieta á sus damas, que no se ven en parte alguna. Cuando se retira por el fondo, aparece el Rey.)

### ESCENA VI.

EL REY; LA REINA; EL DUQUE DE ALBA; EL CONDE DE LERMA, y algunos GRANDES Y DAMAS, que se quedan aparte.

EL REY. (Que mira á su alrededor con extrañeza, y calla algunos instantes.)—¿Sola. Señora? ¿Ni una dama os acompaña? Esto me sorprende... ¿en dónde están las que componen vuestro séquito?

LA REINA.—Amable esposo...

EL REY.—¿Por qué sola? (A los que lo siguen.) Se me dará cuenta muy estrecha de esta conducta inculcable. ¿Quién estaba de servicio con la Reina? ¿Quién había de acompañarla hoy?

LA REINA.—¡Oh! No os incomodéis, esposo mío... yo, yo soy la única culpable... yo mandé á la Princesa de Éboli que se alejara.

EL REY.—¿Vos?

LA REINA.—Para llamar á la camarista, porque deseaba ver á mi hija.

EL REY.—¿Y por eso se ha ausentado todo vuestro séquito? La excusa será entonces para vuestra primera dama. ¿Y la segunda?

LA MARQUESA DE MONDEJAR. (Que ha vuelto mientras tanto, se ha mezclado entre los demás, y entonces se presenta.)—Conozco, Serenísimo Señor, que yo sola soy culpable...

EL REY.—Por tanto, os concedo diez años de plazo para que lo reflexionéis lejos de Madrid. (La Marquesa se retira llorando. Silencio general. Todos miran estupefactos á la Reina.)

LA REINA.—¿A quién lloráis, Marquesa? (Al Rey.) Si he tallado, mi Soberano Señor, la corona de este reino, que yo misma no he pretendido nunca, debiera á lo menos librarme de esta vergüenza. ¿Hay alguna ley en este país, que cite ante la justicia á las hijas de Reyes? ¿Sólo guarda el miedo á las mujeres de España? ¿Las protege cualquiera castigo mejor que su virtud? Y ahora, perdón, esposo mío... No estoy acostumbrada á despedir llorando á quienes me sirven con alegría... ¡Marquesa de Mondéjar! (Se quita su cinturón, y lo entrega á la Marquesa.) Habéis irritado al Rey, no á mí... Llevaos, pues, ese recuerdo de mi favor, y de este instante... Dejad este Imperio... Sólo habéis faltado en España, y en mi amada Francia se enjugarán de buen grado esas lágrimas... ¡Oh! ¡Recordármela continuamente! (Apóyase en la camarista mayor, y se oculta el rostro.) No era así en mi querida Francia.

EL REY. (Con alguna emoción.)—¿Podía aligeros una reconvencción de mi amor? ¿una palabra pronunciada por mis rabios, sólo al influjo de mi más tierna solicitud? (Volviéndose hacia los grandes.) Aquí están los vasallos de mi trono. Et sueño ¿cierra algún día mis párpados sin haber averiguado antes cuáles son los sentimientos de mi pueblo, que se extiende por las regiones más remotas? ¿Me ha de interesar más mi trono que mi muy entrañable esposa? Mi espada me responde de mi pueblo... y el Duque de Alba; y estos ojos solos del cariño de mi esposa.

LA REINA.—Si os he ofendido, Señor...

EL REY.—Llámanme el hombre más rico del mundo cristiano, y el sol no se pone nunca en mis dominios... Sin embargo, otro ha poseído todo esto, y otros lo poseerán después. Lo propio del Rey pertenece también á la tor-

tuna... Isabel es de Felipe, y en esto soy como los demás mortales.

LA REINA.—Teméis, Señor...

EL REY.—Ni aun á estos cabellos blancos. Si alguna vez comenzáse á temer, dejaría de temer en seguida... (A los Grandes.) Al contar á los Grandes de mi reino... veo que falta el primero. ¿En dónde está D. Carlos, mi hijo? (Nadie contesta.) Ese mancebo parece asustarse de mí. Evita mi presencia desde que vino de Alcalá, después de terminar sus estudios. Si es fogoso, ¿por qué tan fria su mirada? ¿por qué tan circumspecta su conducta? Observadlo, yo os lo encargo.

EL DUQUE DE ALBA.—Así lo hago. Mientras palpito mi corazón bajo esta coraza, el Rey Don Felipe puede dormir tranquilo; y como el querubín guardaba al Paraíso, así defende al trono el Duque de Alba.

EL CONDE DE LERMA.—¿Osaré yo, tan humilde, contradecir al más sabio de los Monarcas?... Venero demasiado la majestad de mi Soberano, para juzgar á su hijo tan precipitada y rigurosamente. El carácter vehemente de don Carlos me infunde temor, á la verdad, no sus sentimientos.

EL REY.—Vuestro lenguaje, Conde de Lerma, lisonjea al padre, pero el Duque será el defensor del Rey... No hablemos más de esto... (Volviéndose á su séquito.) Ahora regreso á Madrid sin tardanza. Mis deberes de Soberano me llaman allá. El contagio de la herejía cunde por mis pueblos, y la rebelión se propaga en los Países Bajos. Hay que aprovechar instantes tan preciosos. Un castigo terrible enfrenará á los extraviados. Mañana cumpliré yo el solemne juramento, que han prestado todos los Reyes de la cristiandad. El suplicio ha de ser mi ejemplo. Toda mi Corte es invitada á presenciarlo. (Llévase á la Reina, y le siguen los demás.)

## ESCENA VII.

DON CARLOS, con unas cartas en la mano, y EL MARQUÉS DE POSA, llegan por la parte opuesta.

CARLOS.—Estoy resuelto á salvar á Flandes. Ella lo quiere... y esto me basta.

EL MARQUÉS.—Entonces no hay que perder un momento. Se dice que el Duque de Alba está ya nombrado Gobernador.

CARLOS.—Mañana mismo pido yo audiencia á mi padre, y reivindicaré ese cargo para mí. Será la primera súplica que le hago. No me lo rehusará. Largo tiempo ha que me ve en Madrid con disgusto. ¿Qué pretexto mejor para alejarme? Y... ¿debo confesártelo, Rodrigo? espero más... quizás recobraré su favor, hallándome con él frente á frente. Jamás ha desoído la voz de la naturaleza... déjame probar, Rodrigo, si puede algo en mis labios.

EL MARQUÉS.—Ahora, al fin, encuentro de nuevo á mi amigo; ya ahora sois el antiguo Carlos.

## ESCENA VIII.

LOS MISMOS, y EL CONDE DE LERMA.

EL CONDE DE LERMA.—En seguida dejará á Aranjuez el Monarca. Tengo orden...

CARLOS.—Muy bien, Conde de Lerma. Voy á reunirme con el Rey.

EL MARQUÉS. (Haciendo como que se va, con tono ceremonioso.) ¿Nada más me manda V. A.?

CARLOS.—Nada más, caballero. Seáis bien venido á Madrid. Me hablaréis más circunstanciadamente de Flandes. (A Lerma, que espera.) Voy allá al punto. (Vase el Conde de Lerma.)

### ESCENA IX.

DON CARLOS Y EL MARQUÉS.

CARLOS.—Te he comprendido. Te doy las gracias. Sólo la presencia de un tercero excusa esta comedia. ¿No somos hermanos?... Que esta farsa del rango desaparezca en lo sucesivo de nuestra amistad íntima. Figúrate que nos hemos encontrado en un baile de máscaras; tú, vestido de esclavo, y yo, envuelto por capricho en un traje de púrpura. Mientras dura este Carnaval, fieles á nuestro disfraz y á nuestro papel, con ridícula formalidad evitamos turbar la diversión; pero enmascarado y todo, tu amigo Carlos te hace una señal, y me estrechas la mano al pasar, y nos entendemos á maravilla.

EL MARQUÉS.—La visión es deleitosa; pero ¿no se desvanecerá? ¿Está mi amigo Carlos tan seguro de sí mismo, que se atreva á resistir las seducciones de una soberanía absoluta? Un día vendrá... un día, en que ese heroico sentimiento... debo advertiroslo... sufrirá una prueba ruda. Don Felipe muere. Carlos hereda el Imperio más vasto de la cristiandad... Un abismo inmenso lo separa del resto de los mortales, y hoy es Dios quien era hombre ayer. Ya no tiene debilidad alguna. Los deberes eternos enmudecen ante él. La humanidad... hay todavía una palabra im-

portante en sus oídos... se vende á sí misma, y se arrastra en presencia de su ídolo. La vista frecuente de los dolores extingue su sensibilidad; su virtud se enerva con los deleites; el Perú le envía oro para sus locuras, y para sus vicios le suministra su Corte demonios. Duérmese arrullado en el cielo, que sus astutos esclavos le fabrican, y su divinidad dura tanto como su sueño... ¡Ay del insensato, que compasivo lo despierta! Y Rodrigo ¿qué hará?... La amistad es sincera y atrevida... la majestad enfermiza no resiste sus rayos temibles. Ni sufriréis la arrogancia del súbdito, ni yo el orgullo del Príncipe.

CARLOS.—La pintura del Monarca es verdadera y terrible. Si; yo te creo... Pero sólo el deleite abre sus corazones al vicio. Soy aún puro, á mi edad juvenil de veintitres años. Lo que otros millares de hombres han disipado antes en los brazos del placer, la mejor parte del espíritu, la energía varonil, la he conservado yo para el futuro soberano. ¿Qué podría arrancarte de mi corazón, si ni las mujeres lo han logrado?

EL MARQUÉS.—Yo mismo. ¿Podría yo amaros, oh Carlos, tan entrañablemente, si debiera temeros?

CARLOS.—Eso no sucederá jamás. ¿Tienes necesidad de mí? ¿Sientes acaso pasiones, que te obliguen á mendigar del trono? ¿Te seduce el oro? Tu eres más rico, como súbdito, que lo seré yo jamás como rey... ¿Ambicionas los honores? Ya joven habías traspasado sus límites... y los has despreciado. ¿Quién de nosotros será el acreedor? ¿quién el deudor?... ¿Callas? ¿Temes la prueba? ¿No estás tampoco seguro de tí mismo?

EL MARQUÉS.—¡Bien! Cedo. He aquí mi mano.

CARLOS.—¿Es mía?

EL MARQUÉS.—Para siempre, y en la acepción más extensa de la palabra.

CARLOS.—Tan fiel, tan decidida como lo es hoy para

el Infante, ¿lo será después algún día para el Rey?

EL MARQUÉS.—Os lo juro.

CARLOS.—Y aunque la serpiente de la lisonja enlazase mi corazón sin defensa... aunque mis ojos olvidaran las lágrimas, en otro tiempo derramadas... aunque estos oídos se cerrasen para las súplicas, guardianes intrépidos de su virtud, ¿vendrías tú á infundirme fuerzas, y á recordár á mi genio su gran nombre?

EL MARQUÉS.—¡Sí!

CARLOS.—Y ahora otro ruego. ¡Tutéame! Siempre he envidiado á tus iguales este privilegio de la confianza. Ese tú fraternal me place, y es grato á mi corazón, por su dulce igualdad... Ninguna objeción... Adivino lo que te propones decir... sé que es cosa insignificante para ti... aunque sea mucho para mí, para el hijo del Rey. ¿quieres ser mi hermano?

EL MARQUÉS.—¿Tu hermano?

CARLOS.—Vayamos ahora en busca del Rey. Nada temo ya... Del brazo contigo, desafío á mi siglo. (Vanse los dos.)

---

## ACTO II.

---

El Palacio Real de Madrid.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY DON FELIPE, sentado bajo el dosel del trono;  
EL DUQUE DE ALBA, lejos del REY y cubierto, y  
CARLOS.

CARLOS.—El Estado tiene la preferencia. Carlos cede de buena voluntad al Ministro. Habla en favor de España... yo soy el hijo del Rey. (Se retira haciendo una cortesía.)

DON FELIPE.—¡Quédese el Duque! El Infante puede hablar.

CARLOS. (Volviéndose hacia el Duque de Alba. — Deberé, pues, á vuestra generosidad, oh Duque, el favor de hablar al Rey. Un hijo... seguramente no lo ignoráis... puede muy bien tener secretos en su corazón, que nada importen á un tercero. El Rey quedará vuestro... en este momento sólo al padre me dirijo.)

DON FELIPE.—Aquí está como amigo.

CARLOS.—¿He merecido yo también el mirarlo como mío?

DON FELIPE.—¿Cómo merecerlo?... No me agradan los hijos, que pretenden saber elegirlos mejor que el mismo padre.